

liones á los intrusos que discutían en la tienda:

— Venid, venid, padre mío, le dijo; sin duda es Dios quien os envía. ¡Ay! vuestro probecito *beccaio* tiene gran necesidad de vuestra presencia y del cordón de San Francisco. Y dando á un muchacho el ronزال del rucio, remolcó á fray Pacífico hasta el cuarto del fondo en cuya ensangrentada cama yacía el *beccaio* con una horrible herida en el rostro que le llegaba desde la sien hasta la boca.

CAPÍTULO XII

Assunta

El accidente ocurrido al *beccaio* era, pues, la causa de la agitación del Mercado-Viejo y del tumulto de la calle de San Eligio y de la callejuela de los *Suspiros del abismo*, accidente que, como es de suponer, interpretaba cada cual de un modo diverso.

El pobre *beccaio*, con su chirlo que le dividía la mejilla, sus dientes rotos y su lengua mutilada, no había podido ó no había querido dar pormenores acerca del asunto. Sin embargo, los curiosos creyeron haberle oído murmurar las palabras *giacobini* y *francesi* y de aquí dedujeron que los jacobinos de Nápoles, amigos de los franceses, eran los que le habían arreglado de aquella manera.

Murmurábase además que un amigo del *beccaio* había quedado muerto en el lugar del combate y que otros dos habían sido heridos tan gravemente.

que uno de ellos había entregado el alma á Dios aquella misma noche.

Esto supuesto, cada uno emitía su parecer sobre las causas de aquel accidente, y el inmenso rumor de aquellas quinientas ó seiscientas voces discordantes era el que había oído fray Pacifico al dirigirse á la tienda del matador de carneros.

Entre todos los espectadores que gesticulaban agrupados en la esquina de la calle de San Eligio, sólo un joven de veintiséis á veintiocho años, apoyado contra el quicio de la puerta del carnicero, permanecía pensativo y silencioso, escuchando las diferentes conjeturas que los demás hacían acerca del lance. Sin embargo, cuando oía decir que el *beccaio* y sus camaradas habían sido atacados por quince hombres á la altura de la fuente del León, al volver de una cena que acababan de celebrar en la taberna de la Schiava, el joven se echaba á reír y se encogía de hombros, gesto mucho más significativo que si fuese un mentís en toda regla.

— ¿Por qué te ríes y te encoges de hombros? le preguntó uno de sus amigos llamado Antonio Avella y conocido vulgarmente por el sobrenombre de *Pagliucchella*, según la costumbre napolitana de poner á todo el mundo un mote que se halle en armonía con su físico ó con su carácter.

— Me río porque me da la gana, respondió el joven, y me encogo de hombros porque me acomoda hacerlo. ¿No disparatáis vosotros á vuestro gusto? pues bien, yo tengo derecho de reirme de vuestros disparates.

— Pues cuando dices que nosotros disparatamos, es señal de que tú sabes algo más que nosotros.

— ¡Oh! lo que es eso no es muy difícil, *Pagliucchella*; para saber algo más que tú basta con saber deletrear.

— No es culpa mía si no sé leer, respondió aquel á quien Miguel echaba en cara su ignorancia (porque el joven era nuestro amigo Miguel). Si yo tuviese, como tú, una hermana de leche rica y mujer de un sabio, también *sería leído*; pero por eso no hay que despreciar á los demás.

— ¡Libreme Dios de semejante cosa, *Pagliucchella*! Tú eres un buen muchacho, y lejos de despreciarte puedes creer que si algo tuviera que decir serías tú á quien yo se lo confiara.

Y Miguel iba quizás á dar á *Pagliucchella* una prueba de la confianza que le inspiraba llamándole aparte para comunicarle algunos pormenores, relativos al accidente, algo más exactos que los que el vulgo conocía, cuando sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro de una manera bastante brusca.

Miguel volvió la cara y se estremeció.

— Si tuvieras alguna noticia que referir, le dijo el propietario de aquella mano, convengo en que sería á Pagliucchella á quien tú se la contases; pero, créeme, si algo supieses respecto á la aventura, cosa que dificulto, y si ese algo saliera de tu boca para comunicárselo no importa á quien, entonces sí que merecerías verdaderamente el nombre de Miguel *el Loco*.

— ¡ Pascuale de Simone ! murmuró Miguel.

— En vez de perder aquí el tiempo en contar lo que no has visto, prosiguió el esbirro, más te valdrá ir á buscar á Assunta á la iglesia de la Madona del Carmine, donde está cumpliendo una promesa, por cuya razón no la encontraste en casa esta mañana, cosa que sin duda te puso de mal humor.

— Tenéis razón, señor Pascuale, respondió temblando Miguel. Voy en seguida; pero hacedme el favor de dejarme pasar.

Pascuale hizo un movimiento que dejó entre el esbirro y la pared una estrecha abertura, por la cual se deslizó el joven con la misma facilidad que si fuera un muchacho de diez años. El miedo le hacía encogerse.

— ¡ Oh ! ¡ tranquilízate, excelentísimo señor del

puñal, que no diré esta boca es mía ! murmuró alejándose á grandes pasos, y sin volver atrás la cara, hacia la iglesia del Carmine. ¡ Por la santa Madona ! ¡ antes que pronunciar una palabra me dejaré cortar la lengua ! Pero también es cosa que clama al cielo el oírles decir que fueron atacados por quince hombres, cuando fué uno solo el que me los vapuleó de lo lindo. No me gustan mucho los franceses ni los jacobinos; pero me gustan menos los esbirros y los *sorici* (polizontes), y á fe mía que no me pesa que el mozo de anoche les sacudiese el polvo. ¡ Dos muertos y dos heridos !... ¡ y eran seis contra uno ! ¡ Viva San Gennaro ! ¡ se conoce que no tenía reumatismo en la muñeca !

Y se echó á reír, poniéndose á bailar en medio de la calle un paso de tarantela.

Aunque algunos pretenden que el monólogo no es natural, Miguel, á quien llamaban *el Loco*, precisamente porque tenía la costumbre de hablar solo y de gesticular al mismo tiempo, hubiera continuado la apología de Salvato y sus variaciones de tarantela si al hacer la última cabriola no se hubiese encontrado bajo el mismo pórtico de la iglesia. Tan de prisa marchaba, que en cuatro saltos atravesó el camino.

Entonces alzó la pesada y sucia cortina que cubría

la puerta, entró en el templo y dirigió una mirada en torno suyo.

La iglesia del Carmine, respecto á la cual no podemos menos de decir algunas palabras, es una de las más populares de Nápoles, y su Madona pasa por ser una de las más milagrosas. ¿Cuál es la causa de su celebridad y de la devoción que por ese templo tienen todas las clases? ¿Consiste en que yacen bajo sus bóvedas los restos mortales de aquel poético y joven Conradino, sobrino de Manfredo, y los de su primo Federico de Austria? ¿Consiste acaso en su famoso Cristo, en ese Cristo que, según dicen, bajó la cabeza sobre el pecho para evitar un balazo disparado por Renato de Anjou, y cuyos cabellos crecen tan abundantemente, que el síndico de Nápoles va una vez al año, con gran pompa, á cortárselos con tijeras de oro? ¿Consiste, en fin, en que Masaniello, el héroe de los *lazzaroni*, fué asesinado en su claustro, en que sus cenizas reposan allí en algún ignorado rincón, gracias al olvido que el pueblo consagra aun á aquellos que mueren por él? No lo sabemos. Pero, sea como quiera, lo cierto es que á la iglesia del Carmine, como á la más popular de Nápoles, van todos los que tienen un voto ó una promesa que cumplir, y á ella había ido Assunta á cumplir la de su padre, el anciano Tomeo.

Como la iglesia estaba llena de gente, al principio le costó á Miguel algún trabajo encontrar á aquella á quien buscaba; pero á fuerza de mirar concluyó por descubrirla arrodillada al pie de uno de los altares laterales colocados á mano izquierda.

Aquel altar, resplandeciente de luces, estaba consagrado á San Francisco.

Miguel tenía la felicidad ó la desgracia de estar enamorado como un topo. La agitación que él preveía en el Mercado-Viejo, y de la cual habló á Nina, la doncella de la San Felice, no había sido más que un pretexto para marcharse, ó á lo sumo, una causa secundaria. El verdadero motivo era su deseo de ver y de abrazar á su novia Assunta, la hija de Basso-Tomeo, de aquel viejo pescador que, durante una noche de tormenta, había puesto su barca al abrigo del palacio de la reina Juana, y visto salir de las ruinas un espectro armado de un puñal, cuya punta le puso sobre el pecho para asegurarse de si era fingido su dormir.

El lector recordará que el miedo que aquella escena produjo en el viejo pescador le obligó á abandonar el barrio de Margellina y á establecer su domicilio en la Marinella, esto es, al extremo opuesto de la ciudad.

Á fuer de amante apasionado, Miguel había se-

guido á su novia á la Marinella, como la hubiera seguido al fin del mundo.

Aquella mañana había encontrado cerrada la puerta del viejo Basso-Tomeo, cosa que no dejó de inquietarle.

¿Dónde estaba Assunta? ¿qué motivo podía haberla alejada de casa, contra lo que tenía de costumbre?

El amante más seguro del cariño del objeto amado guarda siempre alguna duda en su corazón. Añádase á esto que en el mar de los amores de Miguel no todo era bonanza, y se comprenderá perfectamente su inquietud.

En efecto; el viejo pescador Basso-Tomeo, trabajador como él solo, temeroso de Dios y devoto de los santos, no tenía en gran aprecio á Miguel, al cual trataba, no sólo de loco, sino también de impío y de holgazán.

Los tres hermanos de Assunta, Gaetano, Gennaro y Luigi, eran hijos demasiado respetuosos para no participar, respecto á Miguel, de las ideas de su padre: así es que en los debates que frecuentemente se suscitaban por su causa entre la familia del pescador, á cada nuevo capítulo de cargos, el pobre Miguel tenía una sola defensora contra cuatro acusadores, lo cual constituía una desproporción formidable.

Afortunadamente para Miguel, el rudo oficio de los parientes de Assunta, los cuales se jactaban de ejercerle en conciencia para no merecer el título de perezosos, les obligaba á pasar una gran parte de la noche y de la mañana ocupados en preparar las redes, en echar el copo y en sacarle del agua. Resultado: que Basso-Tomeo y sus tres hijos pasaban en el mar diez y ocho horas, de las veinticuatro que tiene el día, y las seis restantes durmiendo á pierna suelta, por lo cual no eran para los amores de Assunta y Miguel muy temibles cancerberos.

De aquí el que Miguel soportara pacientemente la oposición de la familia. Basso-Tomeo le había dicho que no le daría á su hija hasta que no ejerciera un oficio lucrativo y honroso, ó hasta que no mejorase de fortuna con alguna herencia llovida del cielo. Por desgracia, Miguel afirmaba que en materia de oficios no conocía ninguno que reuniese las dos indicadas condiciones, porque la una excluía lo otra, axioma que, tratándose de Nápoles, no era del todo paradójico, y en apoyo de su opinión citaba el ejemplo del mismo Basso-Tomeo que hacía muy cerca de cincuenta años que se hallaba tirando de las redes noche y día sin que hubiese podido meter cincuenta ducados en el fondo de la hucha. En cuanto á herencia, Miguel hablaba de un tío que

nunca había existido y que había marchado al reino de Cathay, siguiendo las indicaciones de Marco Polo. Pero si la herencia no venía, cosa que era muy posible, el joven contaba de todos modos con llegar á ser coronel, puesto que Nanno se lo había prometido. Verdad es que Miguel no refirió en casa de Basso-Tomeo sino la parte de la predicción relativa á sus futuros galones, callando cuidadosamente la que se refería á su futuro corbatín de purísimo cáñamo.

La presencia de Assunta en la iglesia de la Madonna del Carmine, ante el altar de San Francisco, y la iluminación á *giorno* de aquel altar eran pruebas evidentes de que Miguel, á pesar de que le llamaban *el Loco*, no se había engañado respecto al escaso provecho que al viejo pescador reportaba su penoso oficio. En efecto; la pesca había sido tan mala en los tres últimos días, que el infeliz Basso-Tomeo, con la esperanza de que su patrono San Francisco le concediese una tan abundante como la que hacían los apóstoles en el lago de Geneza-reth, había ofrecido una docena de cirios al altar del santo y mandado á su hija Assunta á que apoyase el voto con sus más ardientes oraciones, mientras que él se ocupaba con sus tres hijos en tirar de las redes.

Como el voto se había hecho la víspera, después

del tercer día de pesca desastrosa y de trabajo inútil, y como Miguel había pasado toda la noche precedente en casa de Luisa junto á la cama del herido, su novia no había podido avisarle, y esta era la razón de haber encontrado cerrada la puerta del viejo pescador y á Assunta arrodillada ante el altar de San Francisco.

Miguel lanzó un suspiro de satisfacción al ver que Pascuale de Simone no le había engañado; Assunta volvió al mismo tiempo la cabeza, y prodigando al lazzarone una sonrisa de gratitud, le hizo señas de que fuese á arrodillarse junto á ella. Miguel no esperó á que le repitieran la invitación; en dos brincos salvó la distancia que le separaba de su novia y cayó de rodillas sobre la misma grada en que ella rezaba.

Bien quisiéramos poder afirmar que las preces de la joven, á partir del momento en que vió á su novio, fueron tan fervientes como antes que Miguel entrara en la iglesia; pero, á fuer de historiadores verídicos, nos vemos obligados á decir que á ellas se mezclaron algunas pequeñas distracciones. Verdad es que ya no había gran riesgo en salpicar la piadosa acción de gracias con algunos cuchicheos amorosos, en razón á que la pesca debía estar ya concluída á aquella hora.

Entonces fué únicamente cuando Miguel tuvo conocimiento de la promesa, cuyos pormenores le refirió Assunta; en cambio, Miguel, para disculpar su ausencia, le fraguó lo mejor que pudo una historia relativa á una supuesta indisposición de Luisa, al asesinato de la fuente del León y al tumulto que á la sazón había en la calle de San Eligio, frente á la tienda del *beccaio*.

Curiosa como buena hija de Eva, no bien supo Assunta que había jarana en el Mercado-Viejo, cuando empezó á sentir el imperioso deseo de conocer el origen de aquella tremolina. Pareciéndole algo oscuras las explicaciones que le daba su amante y habiendo terminado ya sus preces, se levantó, hizo una reverencia al altar de San Francisco, mojó la punta de sus dedos en la pila del agua bendita, humedeció los de su novio, y llena de confianza en la intervención del santo, y creyendo firmemente que su padre y sus hermanos habían hecho una pesca milagrosa, cogió el brazo de Miguel, y ligera como una alondra que se prepara á remontar el vuelo, salió con el lazzarone de la iglesia del Carmine.

CAPÍTULO XIII

Los dos hermanos

La confianza de Assunta en San Francisco no quedó burlada: su padre y sus hermanos habían hecho una pesca verdaderamente milagrosa.

Cuando empezaron á tirar de las redes, les parecieron tan pesadas, que en un principio creyeron que se habían enganchado en algún peñasco; pero viendo que no oponían la resistencia absoluta que ordinariamente oponen siempre que se hallan retenidas por una masa fija en el fondo del mar, temieron sacar en ellas el cadáver de algún suicida ó de algún infeliz ahogado accidentalmente, cosa que los pescadores tienen por malísimo agüero.

Sin embargo, á medida que el copo se aproximaba á la playa, las sacudidas de la cuerda indicaban que eran cuerpos vivos los que, bien á pesar suyo, cedían á la tracción de la red.

Pronto vieron, por el cabrilleo del mar y por las

gotas de agua que saltaban de la superficie, que los cautivos, empezando á comprender su posición, hacían desesperados esfuerzos por romper las mallas de su cárcel.

Gennaro y Gaetano se metieron en el mar, y mientras que el viejo pescador y Luigi reunían sus fuerzas para luchar contra los indóciles prisioneros, se colocaron detrás del copo, con el agua hasta la barba, y consiguieron suspenderle y empujarle hacia tierra.

Pero sus exclamaciones y sus gestos dejaban adivinar que San Francisco no había hecho las cosas á medias.

La escena tenía lugar á la orilla del golfo, en la strada Nuova, frente á una gran casa que tenía vistas al muelle y á la calle de Sant-Andrea-de-gli-Scopari.

Aquella casa, llamada vulgarmente palacio della Torre, pertenecía en efecto al duque de este nombre.

Como el hecho que vamos á referir es un hecho histórico, nos vemos obligados á dar á nuestros lectores algunos detalles relativos á aquel edificio y á los personajes que entonces le habitaban.

Asomado á uno de los antepechos del primer piso había un joven de veintiséis á veintiocho años, vestido á la última moda parisiense, sólo que en lugar

de la levita de esclavina ó del frac de anchos falzones y de cuello alto y respunteado que en aquella época se estilaban, se hallaba envuelto en una elegante bata de terciopelo granate que se abrochaba por medio de *brandeburgos* de seda. Sus cabellos negros, que desde hacía mucho tiempo habían renunciado al polvo, caían en rizos naturales sobre su cuello. Una finísima camisa de batista con chorrera de encaje cubría su pecho, y entreabierta en la parte superior, dejaba ver una garganta de exquisita blancura. Sus manos eran largas y delgadas, indicio de origen aristocrático, y en el dedo meñique de la izquierda brillaba un rico diamante. El joven miraba con distraídos ojos las nubes que surcaban el espacio, haciendo al mismo tiempo con la mano derecha esos acompasados movimientos que á tiro de ballesta denuncian á un hijo de Apolo ocupado en medir los versos que recita mentalmente.

Y en efecto; aquel joven era un poeta, un poeta del género de Sannazar, de Bertín y de Parny: era don Clemente Filomarino, hermano menor del duque della Torre y uno de los que, por su elegancia, disputaban en Nápoles la soberanía de la moda á los Nicolino, los Caracciolo y los Rocca-romana. Apuesto jinete, gran cazador y sumamente hábil en el manejo de toda clase de armas, Don Clemente

reunía á sus prendas físicas la ventaja que da la riqueza, por cuanto á que su hermano el duque della Torre, que tenía veinticinco años más que él y le amaba con la mayor ternura, había hecho voto de morir soltero á fin de dejarle su inmenso caudal y el honroso encargo de perpetuar la raza.

Bien es verdad que el duque se ocupaba en un trabajo que para él era mucho más interesante. Bibliómano furibundo, pasaba el tiempo en coleccionar libros raros y manuscritos preciosos. En la biblioteca real de Nápoles no había nada que pudiese rivalizar con sus Elzevirs; el duque tenía un ejemplar de casi todos los libros que publicaron los célebres impresores de Lieja; y decimos de casi todos, porque ningún bibliómano puede lisonjearse de haber reunido un ejemplar de todos ellos. De cualquier modo, el duque sentía gran placer y no poco orgullo en enseñar á los aficionados aquella soberbia colección, cuyas ediciones eran notables por su riqueza, su tamaño y lo espacioso de sus márgenes.

En cuanto á su colección de autógrafos, podía asegurarse que no tenía rival en el mundo; empezaba por el sello de Tancredo de Hauteville, y abarcando una dilatada serie de regios manuscritos, terminaba por la firma de Fernando y Carolina.

Y ¡cosa rara! aquel profundo amor á las coleccio-

nes, amor que ordinariamente apaga en el corazón de los bibliómanos todo sentimiento que no sea la pasión del libro, no había ejercido ninguna influencia en el cariño casi paternal que el duque della Torre tenía á D. Clemente, el cual había quedado huérfano cuando apenas contaba cinco años. Desde el día en que aquel niño vino al mundo, el duque se creyó dispensado de la obligación de contraer matrimonio, cosa que no miraba de muy buen ojo, porque una mujer le habría distraído de su vocación de coleccionador; esta idea debió entrar por mucho en la ternura que desde aquel momento consagró á Clemente. Imposible nos sería enumerar los infinitos cuidados de que fué objeto aquel niño que tan providencialmente venía á dispensarle de sus conyugales obligaciones. Durante las enfermedades que aquejan á la infancia, el duque era su único enfermero, y pasaba las noches á la cabecera de su joven hermano, anotando sus catálogos, ó buscando en sus libros raros esas erratas de imprenta que son para los bibliómanos el sello de la autenticidad. Don Clemente había salido de la infancia y llegado á la juventud sin que la profunda y tierna afección de su hermano hubiese cambiado de naturaleza; á pesar de sus veintiséis años, el duque le trataba siempre como cuando era niño, teniendo para con él la mis-

ma solicitud, prodigándole iguales cuidados. No montaba una vez á caballo, ni salía de caza, ni iba á dar un paseo por el golfo, sin que su hermano le gritase por la ventana: «¡ Cuidado no te ahogues! ¡ mira lo que haces con la escopeta! ¡ anda con precaución no sea que se te desboque el caballo!»

Cuando el almirante Latouche Tréville fué á Nápoles, D. Clemente Filomarino, poeta de imaginación ardiente, indignado por los abusos de un país sobre el cual pesaba el triple despotismo del cetro, del sable y del hisopo, fraternizó con los oficiales franceses, hizo causa común con los más entusiastas patriotas y tuvo la desgracia de ser encarcelado con ellos.

El duque della Torre, entregado en cuerpo y alma á sus autógrafos y á sus estudios de bibliómano, había hecho poquísimo caso de la presencia de la escuadra francesa, y si alguno hizo, fué un acontecimiento al cual no dió ninguna importancia. Aunque filósofo, el duque no mezclaba nunca la política á su filosofía; esto no obstante, miraba como la cosa más natural del mundo los epigramas que su hermano dirigía al gobierno, al ejército y á los frailes. De pronto, supo que D. Clemente había sido preso y conducido á la fortaleza de San Telmo.

Un rayo que hubiera caído á sus pies no le habría

causado mayor aturdimiento que esta noticia; tal fué su estupor, que pasaron algunos instantes sin que pudiera coordinar sus ideas. Pero apenas volvió en sí corrió á casa del regente de la vicaría á preguntar lo que había hecho su hermano.

Y ¡ cuál no sería su asombro cuando le dijeron que su hermano era un conspirador, que las más graves acusaciones pesaban sobre él, y que peligraba su cabeza si esas acusaciones llegaban á probársele!

El cadalso en que habían perecido Vitaliano, Manuel de Deo y Gagliani acababa apenas de retirarse de la plaza del Castillo: el duque creyó que se alzaba de nuevo para devorar á su hermano. Fuera de sí, corrió á casa de los jueces, asaltó las puertas de Vanni, Guidobaldi y Castelcicala, y les ofreció su fortuna entera, sus autógrafos, sus Elzevirs, su propia vida en rescate de la libertad de Clemente. De allí fué á palacio, suplicó al primer ministro Actón, se echó á los pies de Fernando y Carolina... ¡ todo fué inútil! la sumaria siguió su curso. Pero aquella vez, á pesar de la nefasta influencia de la sangrienta trinidad, los acusados fueron absueltos.

Entonces fué cuando la reina, viendo que no podía satisfacer su venganza en el terreno legal, estableció aquella famosa cámara obscura, que ya conocen nuestros lectores, y creó aquel tribunal

secreto cuyos jueces eran Vanni, Castelcicala y Guidobaldi, y cuyo ejecutor era Pascuale de Simone.

Aquellos diez y ocho meses de prisión — durante los cuales creyó volverse loco el duque della Torre, quedando en el más completo abandono su compilación de autógrafos y de Elzevirs — no curaron á D. Clemente Filomarino de sus principios liberales, de sus tendencias filosóficas, ni de su afición á la sátira; antes al contrario, le hicieron entrar de lleno en la vía de la oposición. Gracias al fallo imparcial que le había declarado inocente, no obstante las instancias secretas de la reina y el público empeño de sus acusadores, creyó que nada tenía ya que temer, y abandonando completamente los salones de la corte, cuya entrada le franqueaba su elevado rango, se convirtió en uno de los más asiduos tertulios de la embajada francesa.

Una vez tranquilo respecto á la suerte de su hermano, el duque della Torre había vuelto á continuar su colección de autógrafos y de Elzevirs, no causándole ya ninguna inquietud aquel hijo pródigo, sino cuando montaba á caballo, iba de caza ó salía á dar un paseo en bote, en cuyo caso le recomendaba siempre la más exquisita prudencia.

El día á que nos referimos, ambos hermanos se hallaban sumamente satisfechos.

Don Clemente había sabido la brusca despedida del embajador francés y la declaración de guerra que antes de marchar había hecho al rey Fernando; y como sus principios de ciudadano cosmopolita eran en él más poderosos que su nacionalidad napolitana, se lisonjeaba de que sus amigos los franceses entrarían en Nápoles antes de un mes y que á su entrada refrendarían el pasaporte al rey y á la reina.

Por su parte, el duque della Torre acababa de recibir una carta del librero Dura, el más célebre de todos los comerciantes de curiosidades bibliográficas que entonces había en Nápoles, en la cual le anunciaba que había descubierto uno de los dos Elzevirs que faltaban á su colección, preguntándole al mismo tiempo si había de llevarsele á su casa ó si había de esperar en su establecimiento su visita.

Al leer la carta del librero, el duque della Torre lanzó un grito de alegría, y no teniendo paciencia para esperar á que le trajeran el precioso volumen, anudó su corbata, se puso la levita, bajó del segundo piso, cuyas habitaciones ocupaba completamente su biblioteca, y entró en el primero, en el cual estaban los aposentos de ambos hermanos. En el instante en que el duque penetró en el cuarto del joven, éste acababa de rimar los últimos versos de un poema cómico, del género del *Lutrin* de Boileau,

especie de sátira en la que daba un soberano vapuleo á los frailes, no sólo de Nápoles, sino de todos los países, por sus tres pecados capitales, á saber : la lujuria, la pereza y la gula.

Sólo con ver el rostro de su hermano, D. Clemente Filomarino adivinó en seguida que se trataba de algún feliz acontecimiento *bibliománico*.

—¿ Qué ocurre, hermano mío? le preguntó. ¿ Has encontrado por ventura el Terencio de 1661?

—No, querido Clemente ; pero, ¡ imagina cuál no será mi placer ! ¡ he encontrado el Persio de 1664 !

— ¿ De veras?... ¿ lo que se llama encontrado ? Ya sabes que más de una vez me has dicho lo mismo, y que al examinar después el volumen has conocido que trataban de endosarte un falso Elzevir marcado con la esfera en lugar del olivo ó del olmo.

— ¡ Sí, pero yo soy perro viejo y no es fácil darme gato por liebre ! Mas ahora no hay ese peligro ; es el librero Dura quien me le ofrece y Dura no es capaz de semejantes supercherías. Mira, mira lo que me escribe : « Señor duque : tengo la satisfacción de anunciaros que acabo de encontrar el Persio de 1664, con los dos cetros cruzados sobre el escudo ; la edición es magnífica ; los márgenes tienen quince líneas de anchura en todos sentidos. »

— ¡ Bravo, hermano mío ! ¿ Supongo que irás á verle inmediatamente ?

— ¡ Ahora mismo ! ¡ lo ménos va á costarme sesenta ú ochenta ducados ; pero, ¡ no importa ! mi biblioteca te pertenecerá algún día, y mi colección quedará completa si tengo la dicha de encontrar el Terencio de 1661. Y ¿ sabes lo que vale una colección completa de Elzevirs ? ¡ Pues vale veinte mil ducados como un grano !

— Una cosa te suplico, hermano mío : que no pienses nunca en lo que me dejarás después de tu muerte. Aunque no podamos alegar iguales méritos que Bitón y Cleovis, espero que los dioses nos concederán la gracia de morir, como ellos, en el mismo día y á la misma hora. Quiéreme siempre, y tu cariño será para mí la más preciada riqueza.

— ¡ Que si te quiero ! le dijo el duque poniéndole ambas manos sobre los hombros y mirándole con inefable ternura. Si no te quisiera como á un hijo, más que si fueses mi hijo, habría echado á correr en busca de mi Elzevir sin detenerme á abrazarte.

— Pues bien, abrázame, y corre á buscar tu Terencio.

— ¡ Mi Persio, ignorante ! ¡ mi Persio ! ¡ Ah ! continuó el duque suspirando, ¡ por más que haga, no serás nunca sino un bibliómano de tercer or-

den, y gracias!... ¡Adiós, Clemente, hasta luego!
Y el duque della Torre salió de su palacio y
tomó el camino de la librería.

Don Clemente volvió al antepecho.

En aquel instante, Basso-Tomeo y sus tres hijos,
rodeados de pescadores y de *lazzaroni* que habían
acudido á ver la pesca, sacaron el copo á la playa.

CAPÍTULO XIV

En que Gaetano Mammone entra en escena

Según dijimos al empezar el capítulo precedente,
San Francisco no había hecho las cosas á medias;
la pesca era verdaderamente milagrosa.

Hubiérase dicho que el santo, para recompensar
la misa y los cirios de Basso-Tomeo y las púercas de
su hija Assunta, había metido en las redes del viejo
pescador un espécimen de toda la riqueza piscatoria
del golfo.

Cuando el copo salió del agua y cayó sobre la
ribera el contenido de su inmensa bolsa próxima
á estallar, no parecía sino que el Mediterráneo se
había convertido en nuevo Pactolo.

Alrededor de un magnífico atún, que lo menos
pesaba sesenta *rotoli* y que parecía el rey de los
mares que Masaniello promete á sus compañeros
en la *Muda de Pórtici*, coleaban los dorados de
reflejos de oro, los bonitos de escamas de acero,